

EL CICLO FORMATIVO DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO. UNA ALTERNATIVA A LA DICOTOMÍA DEPOSICIONAL/POSDEPOSICIONAL

The formative cycle of the archaeological record. An alternative to the depositional/post-depositional dichotomy

Víctor JIMÉNEZ JÁIMEZ

Investigador en Formación (PIF) de la Universidad de Málaga. Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa, Junta de Andalucía. Área de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Málaga. Campus de Teatinos, s/n. 29071 Málaga. Correo-e: vjjaimenez@gmail.com

Recepción: 2007-08-31; Revisión: 2008-04-08; Aceptación: 2008-05-22

BIBLID [0514-7336 (2008), LXII, julio-diciembre; 125-137]

RESUMEN: El interés de los investigadores peninsulares sobre la formación del registro arqueológico decreció considerablemente una vez que, en los años ochenta del pasado siglo, la influencia de la obra de L. Binford fue remitiendo y la Nueva Arqueología entró en decadencia. No obstante, la reflexión sobre los procesos de formación del registro arqueológico ha continuado hasta la actualidad, y de hecho ha ido progresivamente cobrando mayor importancia. Las últimas tendencias en este campo han insistido en la aplicación de lo que llamaremos el *ciclo formativo del registro arqueológico*, un esquema conceptual que viene siendo profusamente empleado en muchos estudios sobre formación del registro arqueológico, especialmente entre los seguidores de la Arqueología Conductual de M. Schiffer.

En efecto, sus últimas propuestas no usan las nociones de deposicional y posdeposicional, sino que asumen, con ligeras variaciones de unos autores a otros, un esquema biográfico que sitúa los procesos de formación del registro en una de estas tres fases: 1) ocupación/uso; 2) abandono; 3) posabandono. Dentro de este esquema, la denuncia a lo que se denomina *Premisa Pompeya* es una clave esencial. Desgraciadamente, y pese a su utilidad, este marco conceptual sigue siendo ignorado por los arqueólogos de la Península Ibérica. En el presente artículo definiremos el concepto, expondremos algunas de sus implicaciones, señalaremos el escaso eco que ha tenido en el ámbito académico peninsular y, finalmente, indicaremos las críticas que ha recibido desde las Arqueologías Posprocesuales. Como conclusión, afirmaremos su utilidad en la práctica arqueológica, aunque convenientemente matizada por los apuntes realizados por autores como Hodder o Moore. Como ejemplo de las posibilidades interpretativas que abre un esquema como el referido, en la última parte del texto se hará una breve exposición de la que actualmente es una de las nociones más de moda en la teoría de la formación del registro arqueológico: los procesos de abandono ritual.

Palabras clave: Registro arqueológico. Procesos deposicionales. Procesos posdeposicionales. Ciclo formativo. Premisa Pompeya. Abandono ritual.

ABSTRACT: The interest of Iberian archaeologists in the formation of the archaeological record decreased noticeably after the work of L. Binford lost much of its influence and the New Archaeology fell into decline.

However, reflection on formation processes of the archaeological record has continued up to the present day, and in fact it has become increasingly important. Latest trends in this field have stressed the application of what we will call the formative cycle of the archaeological record, a conceptual scheme widely used in many works about formation of the archaeological record, particularly by the advocates of M. Schiffer's Behavioral Archaeology.

Thus, their latest proposals do not use the notions of depositional and post-depositional. Instead, they assume, with slight differences depending on the author, a biographical framework which places formation processes of the record in one of these three phases: 1) occupation/use; 2) abandonment; 3) post-abandonment. In this scheme, the denouement of what is called Pompeii Premise is a crucial key. Unfortunately, despite its usefulness, this conceptual framework is still ignored by Iberian archaeologists. In the present article, we shall define the concept, show some of its implications, point out its limited impact in the Iberian academic environment and, lastly, we will mention the criticism which it has received from Post-Processual Archaeologies. Finally, we will assert its usefulness in archaeological practice, though the suggestions made by critics like Hodder and Moore must be seriously taken into account. As an example of the interpretative possibilities that a theoretical framework like the one described above opens up, in the last part of the text we will make a brief description of what currently is one of the trendiest notions in formation processes theory: ritual abandonment processes.

Key words: Archaeological record. Depositional processes. Post-depositional processes. Formative cycle. Pompeii Premise. Ritual abandonment.

1. Introducción. Definiendo el ciclo formativo del registro arqueológico

El interés por la formación del registro arqueológico comenzó con la Nueva Arqueología norteamericana, y en especial con la obra de L. Binford, sobradamente conocida en el marco de la arqueología hispano-portuguesa. No obstante, la reflexión sobre lo que, a fin de cuentas, constituye el objeto de estudio más inmediato de esta disciplina, el registro arqueológico, no se quedó ahí. Desgraciadamente, el interés de los investigadores peninsulares sobre este asunto decreció considerablemente una vez que la Nueva Arqueología entró en crisis. Es así como han acabado siendo ignoradas líneas de investigación y modelos teóricos enteros en nuestro país, los cuales, en términos generales, han alcanzado considerables avances. En este artículo trataremos de recuperar uno de los aspectos más interesantes de esta literatura olvidada y aún escasamente traducida al castellano.

El ciclo formativo del registro arqueológico es la expresión que hemos escogido para denominar un esquema conceptual que, pese a no haber sido definido directa y explícitamente aún, viene siendo profusamente empleado en los estudios sobre formación del registro arqueológico, especialmente entre los arqueólogos norteamericanos identificados con la llamada Arqueología Conductual o Arqueología del Comportamiento.

La Arqueología Conductual o Arqueología del Comportamiento (*Behavioral Archaeology*) se

desarrolló a partir del trabajo de Michael B. Schiffer (p. e. Schiffer, 1976, 1985, 1987; LaMotta y Schiffer, 2001) en los años setenta del siglo XX. Originariamente surgió como una extensión o superación de la Nueva Arqueología o Arqueología Procesual desarrollada por L. Binford y otros, pero pronto se convirtió en un programa más o menos independiente impulsado por la Universidad de Arizona, en Estados Unidos, que proponía que la materia de estudio de la arqueología "son las relaciones entre el comportamiento humano y la cultura material en todos los tiempos y lugares" (Schiffer, 1976: 4), aunque desde el comienzo su interés se focalizó en la formación del registro arqueológico. El trabajo de Schiffer que aglutina e integra de manera coherente los análisis sobre la formación del registro arqueológico (*Formation processes of the archaeological record*) fue publicado en 1987, y aún hoy puede considerarse una obra de referencia. No obstante, existen formulaciones más recientes y breves de sus principios esenciales (por ejemplo, LaMotta y Schiffer, 1999, referido a los contextos domésticos).

La idea básica en el pensamiento de la "escuela de Arizona" es que el registro arqueológico no es una representación exacta de las culturas materiales ni de comportamientos "fosilizados". Es por ello que se hace necesario distinguir entre el *contexto arqueológico* y el *contexto sistémico* (Schiffer, 1972; Schiffer, 1976: 28). El contexto sistémico es el sistema cultural (conductual) en el que una vez se fabricaron, se usaron, se descartaron y, en definitiva, se

produjeron los restos materiales que posteriormente pasaron al contexto arqueológico. El contexto arqueológico equivale a lo que comúnmente conocemos como registro arqueológico.

El paso de un objeto desde el contexto sistémico al contexto arqueológico no es directo ni sencillo, ya que median numerosos y complejos procesos de formación que transforman o distorsionan el rol que una vez jugó ese objeto dentro de la sociedad que lo fabricó y usó. Estos procesos están sometidos a leyes universales y objetivas cuyo conocimiento y aplicación permiten al arqueólogo identificar qué distorsiones se han producido y, consecuentemente, “traducir” el registro arqueológico hasta remontarse a la situación y la función originales de los artefactos en el contexto sistémico.

En un primer momento, estas transformaciones o procesos de formación del registro arqueológico podían a su vez clasificarse en función de si se producían durante la deposición/enterramiento o después de ella; se distinguía, pues, entre procesos deposicionales y procesos posdeposicionales. Sin embargo, esta tradicional discriminación ha resultado ser más equívoca e imprecisa de lo deseable. Así, por ejemplo, se etiquetan como “posdeposicionales” aportaciones culturales recientes a un yacimiento de época anterior,

cuando claramente constituyen una “deposición” en sentido estricto.

Por esa y otras razones, las últimas propuestas efectuadas por los arqueólogos del comportamiento no emplean los conceptos de deposicional y posdeposicional, sino que asumen, con ligeras variaciones de unos autores a otros, una herramienta analítica que está resultando sumamente útil y que aquí llamaremos *ciclo formativo arqueológico*. Se trata de un esquema biográfico que sitúa los procesos de formación del registro en una de estas tres fases: 1) ocupación/uso; 2) abandono; 3) posabandono (Fig. 1) (Deal, 1985; Stevenson, 1985; LaMotta y Schiffer, 1999).

Antes de entrar en detalles, no hay que perder de vista que este paradigma trifásico se puede aplicar por igual en tres niveles distintos: el nivel de los objetos, el nivel de los contextos inmediatos a dichos objetos y el nivel de los yacimientos. Eso quiere decir que, por ejemplo, cuando hablamos de abandono, podemos estar refiriéndonos al abandono de objetos –que pasan a formar parte del registro arqueológico–, al abandono de una estructura concreta –que constituye un contexto más o menos claramente delimitado–, o al abandono de todo un lugar. Habrá, por tanto, que especificar en todo momento el nivel en el cual efectuamos el análisis, esto es, si se trata de un artefacto, de una estructura o de un yacimiento.

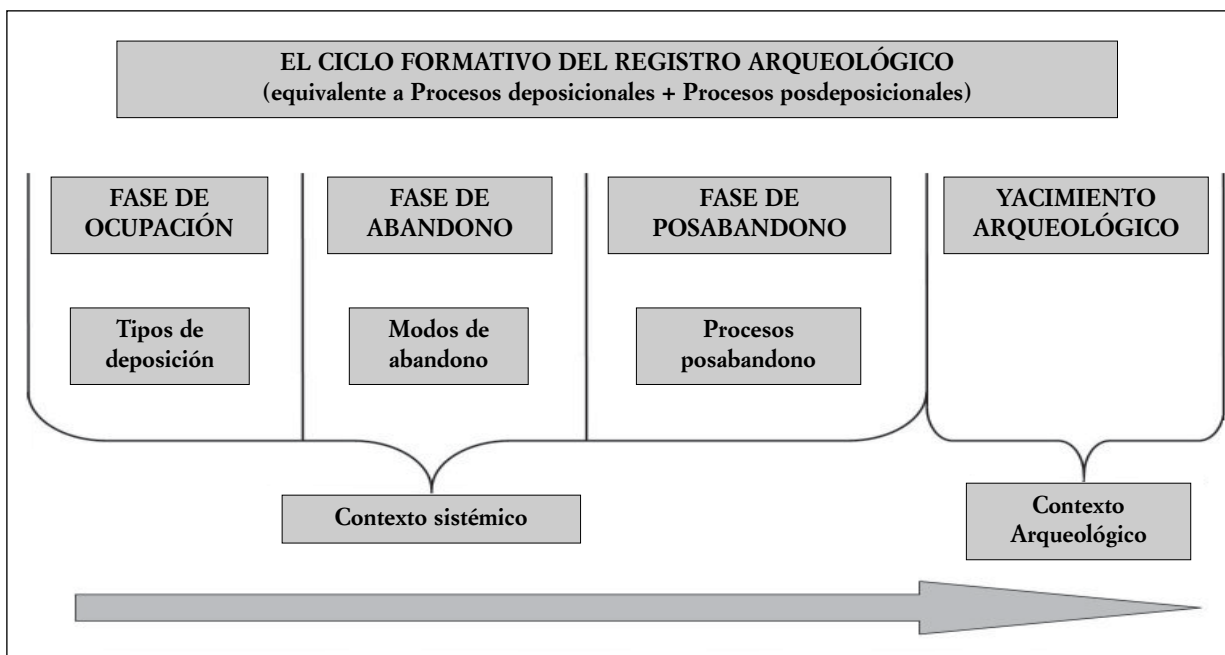


FIG. 1. Ciclo formativo del registro arqueológico (elaboración propia a partir de Deal, 1985: fig. 4).

Asimismo, y siguiendo a LaMotta y Schiffer (1999), consideraremos dos tipos de procesos en la conformación del registro arqueoĺgico de las estructuras doḿsticas: por un lado est́n los procesos que incorporan materiales al interior de la estructura doḿstica (*accretion processes* o *procesos de acumulaci3n*); por el otro, encontramos los denominados *depletion processes* o *procesos de reducci3n*, que extraen objetos de los dep3sitos arqueol3gicos de la estructura o bien impiden que objetos que han sido usados dentro del contexto doḿstico en cuesti3n sean depositados en ́l.

Una vez aclarados estos puntos, conviene detenerse en cada una de las etapas que componen el esquema biogŕfico tripartito que hemos denominado ciclo formativo. Como norma general, emplearemos los t́rminos *ocupaci3n* para referirnos a un lugar o una estructura y *uso* para hablar de esta fase respecto de un objeto. Para simplificar la exposici3n, sin embargo, seŕ mejor que nos concentremos ́nicamente en la descripci3n de los procesos que afectan a un lugar o a una estructura determinada, ḿs que a un objeto aislado. En esta ĺnea, desarrollaremos los contenidos sintetizados en la Fig. 2, que esperamos sirva de guía al lector para comprender la variedad y complejidad de los procesos de formaci3n de los conjuntos materiales arqueol3gicos seǵn este novedoso modelo.

2. Procesos de formaci3n durante la ocupaci3n: deposici3n primaria y secundaria

Las actividades humanas durante la fase de ocupaci3n de un lugar o estructura generan inevitablemente subproductos que constituyen el principal medio por el cual la arqueol3gia trata de conocer el pasado. Dentro de este conjunto de residuos, los distintos trabajos efectuados desde la perspectiva conductualista han determinado varias clases, que iremos definiendo sobre la marcha.

2.1. Procesos ocupacionales de acumulaci3n

Los procesos de acumulaci3n durante la fase de ocupaci3n tienen como inicio siempre el descarte. El proceso de descarte es aquel por el cual los objetos que han finalizado su vida ́til pasan del contexto sistémico al contexto arqueol3gico y puede conllevar distintas etapas de transporte y almacenamiento (Schiffer, 1987: 47). En t́rminos generales, los procesos de acumulaci3n ocupacionales son dos: el descarte o desecho provisional y la deposici3n primaria.

- *Descarte o desecho provisional*. Entrada en el registro arqueol3gico, en especial de las viviendas, de objetos que, habiendo sido

<i>FASE</i>	<i>PROCESOS DE ACUMULACI3N</i> (<i>Accretion processes</i>)	<i>PROCESOS DE REDUCCI3N</i> (<i>Depletion processes</i>)
OCUPACI3N/ HABITACI3N	-Descartes provisionales	-Limpieza y mantenimiento (deposici3n secundaria)
	-Deposici3n primaria (desecho primario y ṕrdidas)	
ABANDONO	-Deposici3n de desechos <i>de facto</i>	-Recuperaci3n de objetos a ún susceptibles de ser utilizados (<i>curation</i>)
	-Deposici3n ritual	-Reducci3n ritual
POSABANDONO	-Deposici3n de nuevos desechos por reutilizaci3n de la estructura	-Alteraciones no culturales
	-Deposici3n de desechos secundarios o "terciarios" procedentes de otras áreas de actividad (uso de la estructura abandonada como "basurero")	-Descomposici3n de elementos orgánicos
	-Deposici3n de elementos de construcci3n por colapso de la estructura	-Recuperaci3n de objetos a ún susceptibles de uso (<i>salvage, scavenging, collecting, pothunting</i>)
	-Alteraciones no culturales	

FIG. 2. *Proceso de formaci3n del registro en estructuras de habitaci3n (elaboraci3n a partir de Schiffer, 1987; LaMotta y Schiffer, 1999).*

empleados en ese lugar o en otro, dejan de estar en uso pero, a pesar de ello, no se descartan definitivamente, sino que se almacenan, bien porque se espera reactivarlos o reutilizarlos posteriormente, bien porque se les atribuye algún valor que disuade a sus poseedores de deshacerse de ellos (Hayden y Cannon, 1983: 131-139; Deal, 1985: 253-259; Schiffer, 1987). En ocasiones esos objetos no llegan nunca a reintegrarse en el contexto sistémico y quedan en sus lugares de almacenamiento: bajo las camas, en las esquinas de las viviendas, etc., a veces creando asociaciones de artefactos que el arqueólogo excavador puede interpretar como evidencia de un área de actividad en realidad inexistente (Deal, 1985: 255-258).

- *Deposición primaria* (LaMotta y Schiffer, 1999: 21). Es el proceso por el que los objetos entran en el registro arqueológico en sus lugares de uso y comprende tanto la *deposición de desechos primarios* como las *pérdidas*. La diferencia entre ambos es que mientras el desecho primario viene producido por el descarte voluntario de aquellos objetos que han concluido su vida útil, los artefactos perdidos abandonan el contexto sistémico de forma accidental. Los procesos de deposición primaria son los que aportan mayor información a los arqueólogos sobre el contexto sistémico, o al menos los que lo hacen de manera más directa. Si todos los contextos arqueológicos estuviesen constituidos por desechos primarios y objetos perdidos sería sencillo inferir la función o incluso el significado de la mayoría de artefactos, estructuras y sitios enteros.

El problema aquí es que desde los años setenta del siglo XX se tiene constancia de que las deposiciones primarias son muy infrecuentes: en la mayoría de los casos, las cabañas y otras áreas de actividad son periódicamente limpiadas. Un trabajo efectuado por P. Murray (1980), aunque con ciertos defectos de método (González Ruibal, 2003: 61), puso de relieve que las labores de limpieza y mantenimiento están mucho más generalizadas que las que conllevan una deposición primaria. Según estos estudios, generalmente, en las ocupaciones breves la gestión de los desechos es menos intensa, y por lo tanto el predominio puede corresponder a los desechos primarios. En las ocupaciones mínimamente duraderas, por el contrario,

las tareas de limpieza y mantenimiento son casi inevitables (Schiffer, 1987). Más adelante retomaremos este aspecto desde una perspectiva crítica.

¿Qué evidencias podemos encontrar de deposición primaria? Habitualmente, los únicos objetos que suelen quedar en posición primaria son aquellos que no molestan o que son demasiado pequeños para su retirada con la tecnología de limpieza disponible (menos de 1 mm, según Fladmark, 1982: 205), si bien ciertas características de la matriz del suelo, como la penetrabilidad, pueden facilitar que algunos objetos escapen de la limpieza y pasen directamente al contexto arqueológico. Es lo que se conoce como *desecho primario residual* (Schiffer, 1976: 188; 1987: 62; LaMotta y Schiffer, 1999: 21) o *microdesecho* (Hayden y Cannon, 1983: 156).

Es posible igualmente que en los momentos inmediatamente previos al abandono –sobre todo si no se prevé regresar al lugar– las tareas de limpieza y mantenimiento se relajen y ello permita la deposición de cantidades limitadas de desechos primarios (Schiffer, 1976: 33; Stevenson, 1982, 1985), recibiendo entonces el nombre de “desechos de la fase de abandono” (Schiffer, 1987: 98) o “desechos primarios acumulados” (Tani, 1995: 236), nombre este último que le viene dado por la circunstancia de que, aunque el abandono esté cerca, se continúan desarrollando actividades en el lugar, y ello obliga a agrupar esos restos para que no estorben.

2.2. Procesos ocupacionales de reducción

Aunque aquí presentaremos dos procesos de reducción, se trata en realidad de dos pasos de un único proceso: limpieza/mantenimiento y deposición secundaria.

- *Limpieza y mantenimiento*. Denominamos así a todas aquellas acciones destinadas a extraer residuos de un área de actividad humana para que en ella puedan seguir desarrollándose nuevas actividades. El barrido puede hacerse de muchas maneras, con instrumentos específicos para ello o incluso con los pies. Tomando como referencia una vivienda o área de actividad, las labores de limpieza y mantenimiento suponen una reducción de su registro arqueológico potencial, ya que extraen objetos de su interior o evitan que éstos se depositen allí.
- *Deposición secundaria*. Una vez efectuada la limpieza del área de actividad, es necesario

ubicar los restos evacuados en otro espacio. Allí se llevará a cabo la deposición secundaria (LaMotta y Schiffer, 1999: 21), que desde el punto de vista del espacio de uso de un objeto es un proceso de reducción, pero desde la perspectiva de los lugares de deposición es un proceso de acumulación de materiales arqueológicos en el lugar o lugares elegidos para ello. Los desperdicios que siguen este tratamiento reciben el nombre de desechos secundarios (Schiffer, 1987) y se definen por ser los desechos no depositados en su lugar de uso.

Los lugares de deposición secundaria son muy diversos, destacando especialmente los cúmulos de desechos al aire libre (denominados en la literatura anglosajona con el término de origen escandinavo *middens*)¹, las estructuras habitacionales previamente abandonadas, las estructuras en negativo (pozos de captación de agua, antiguos silos, pozos de extracción de piedra o barro...), junto a vallas o empalizadas o debajo de los árboles. Según algunos autores, la existencia de espacios que, situados lejos de las áreas de actividad, están destinados exclusivamente a recibir desechos sería indicativa de una atención notable a la gestión de los residuos, lo que a su vez apuntaría a ocupaciones largas de dichos yacimientos (Tani, 1995: 248).

En ocasiones se forman cúmulos de residuos en posición secundaria muy cerca del área de actividad donde se generaron o incluso rodeándola, proceso que se denomina *tossing* y que puede ser útil para identificar las propias áreas de actividad, sobre todo si en ellas se localizan microdesechos (Tani, 1995: 236). No es del todo infrecuente que después de llevar a cabo la limpieza de una estructura los desechos desplazados se depositen junto a la puerta de entrada de la propia estructura (Tani, 1995: 237).

¹ El concepto de *midden* es mucho más complejo de lo que podemos describir aquí. Needham y Spence (1997), por ejemplo, definen un *midden* como un depósito de ocupación relativamente rico en desechos, con la particularidad de que dicha acumulación de residuos, para ser considerada *midden*, debe ser secuencial y presentar evidencias de intencionalidad. A partir de ahí, el *midden* puede funcionar como un recurso económico (almacén de artefactos y ecofactos susceptibles de reutilización), como el resultado de la acumulación recurrente de los subproductos de una determinada actividad, como una estrategia de gestión de residuos destinada a dejar otras áreas libres de desperdicios o como un elemento cargado de simbolismo generado en contexto ceremonial o de deposición estructurada.

3. El abandono “activo”

En un texto que cierra una obra colectiva de notable influencia, S. Tomka y M. Stevenson afirman que “todos los restos arqueológicamente recuperados han sido condicionados por los procesos de abandono” (Tomka y Stevenson, 1993: 191). Y es que los estudios más sistemáticos sobre la cuestión (Lange y Rydberg, 1972; Stevenson, 1982; Wilshusen, 1986; Cameron y Tomka, 1993; González Ruibal, 1998; Creighton y Seguí, 1998; entre otros) insisten en la necesidad de visualizar el abandono “como un proceso de formación de los yacimientos más que como un evento singular y aislable en la historia ocupacional de un sitio” (Tomka y Stevenson, 1993: 192), en especial cuando éste no se produce de forma brusca sino paulatina, o cuando las estrategias de proyección de una población sobre el paisaje se concretan en pautas de movilidad que suponen ciclos recurrentes de ocupación, abandono y reocupación de los lugares. Seguidamente profundizaremos en esta discusión.

El abandono no puede seguir siendo visto como un evento aislado e inocuo para el registro arqueológico. No puede seguir siendo contemplado como el paso de la actividad a la no actividad, del uso al no uso, de la ocupación a la no ocupación. Es esencial tomar conciencia cuanto antes de que el modo en el que un objeto, área o lugar se abandona puede destruir todo o parte del conjunto material que durante la ocupación se había formado. El abandono, de igual manera, puede contribuir a la formación del registro arqueológico tanto como la propia ocupación; en realidad, puede resultar más determinante incluso que ésta, por el simple hecho de ser cronológicamente posterior.

Stevenson (1985: 68), en un estudio sobre ciertos campamentos de cazadores-recolectores, afirma que los desechos generados durante las distintas etapas de vida del asentamiento están sometidos a procesos de formación diferentes, por lo que estos conjuntos materiales “difieren en el tipo, la cantidad y la calidad de información que pueden proporcionarnos, y en consecuencia en su potencial para informarnos *directamente* sobre eventos y procesos del pasado”, de manera que los conjuntos materiales depositados durante la última fase de vida de los yacimientos, es decir, durante el abandono y los momentos inmediatamente anteriores a éste, son los más visibles arqueológicamente. Por otro lado, se podría plantear, según el contexto, que es durante el abandono de los

yacimientos o estructuras cuando la tasa de descartes es mayor, ya que a la deposición de objetos cuya vida útil ha finalizado podrían unirse los desechos generados por la fabricación de artefactos que se van a necesitar en el futuro emplazamiento (Stevenson, 1985: 64).

La relevancia del abandono en los procesos de formación, su capacidad para modificar, alterar o eliminar las trazas de la ocupación de una estructura o lugar están determinadas, según estos autores, por las condiciones y el modo del abandono. Se han presentado varias propuestas de clasificación de los tipos de abandono (p. e. varios de los trabajos reunidos en Cameron y Tomka, 1993), si bien la mayoría de ellas coincide en lo fundamental. De acuerdo con estas posturas el modo de abandono está en función de parámetros tales como la distancia del lugar de destino, si el abandono es planeado y deseado o si es repentino y obligado, si se piensa volver a ocupar el sitio más adelante o si por el contrario el abandono es definitivo, etc.

El tema del abandono será retomado algo más adelante. Por ahora sólo cabe preguntarse qué ocurre con aquellos objetos que aún no han sido descartados cuando acontece el abandono. Según LaMotta y Schiffer (1999), cuando un grupo abandona un yacimiento, estructura o área de actividad puede elegir entre dos destinos para los objetos aún susceptibles de ser usados que se encuentran en ella: quedar en el sitio como desecho *de facto* o volver al contexto sistémico (recuperación).

La deposición de desechos *de facto* (Schiffer, 1987: 89-97) es un proceso consistente en dejar los objetos que aún conservan su capacidad útil en el espacio donde se encontraban en el momento del abandono, espacio que se supone el de uso. Se asocia con frecuencia a los abandonos repentinos, no premeditados, al estilo Pompeya. La otra cara de la moneda es la *Recuperación* (*Curation*, término acuñado por L. Binford en 1973). Se trata de un proceso consistente en extraer objetos del área de actividad o vivienda durante la fase de abandono. Se asocia a los abandonos planeados, en los que con antelación se sabe que se va a abandonar el lugar y es posible seleccionar artefactos para seguir utilizándolos en el lugar de destino.

Al margen de estos procesos, existen otros que se enmarcarían dentro de los denominados “procesos de abandono ritual” (LaMotta y Schiffer, 1999) y que suelen conllevar la realización de ofrendas en el momento de abandono, introduciendo en las cabañas y áreas de actividad artefactos que pueden no tener nada que ver con las actividades allí

llevadas a cabo durante la fase de ocupación (*deposición ritual*). También, en ocasiones, se produce la extracción simbólica de artefactos de un espacio en el que habían sido previamente depositados o iban a serlo, en lo que se ha llamado *reducción ritual*. Pero estos aspectos los abordaremos un poco más adelante.

4. La fase de posabandono

Los procesos de formación del registro posteriores al abandono son los tradicionalmente llamados procesos posdeposicionales, que en términos generales son entendidos únicamente como procesos de formación natural que acumulan sedimentos pero no material cultural y, sobre todo, que reducen el registro arqueológico, lo destruyen o lo distorsionan, dificultando los análisis arqueológicos. No obstante, se deben reconocer los procesos posabandono de génesis cultural, así como la existencia de procesos posabandono de acumulación.

- Procesos de acumulación posabandono. Con respecto a una estructura debemos mencionar la *reutilización* de la misma, ya sea como vivienda o como área de actividad, que conlleva nuevas deposiciones primarias, secundarias, etc. En ocasiones estas nuevas ocupaciones convierten el lugar o la estructura es un palimpsesto, enmascarando las evidencias de las ocupaciones originales. En este sentido, uno de los procesos más dañinos es la reutilización de una vieja estructura como receptáculo para la *acumulación de desechos secundarios o “terciarios”* procedentes de otras estructuras cercanas aún ocupadas, esto es, el uso de una estructura abandonada como “basurero” (Rothschild *et al.*, 1993; LaMotta y Schiffer, 1999: 24). A ello habría que sumar la *incorporación de elementos de construcción* cuando la estructura se colapsa (Schiffer, 1985), así como otras *adiciones no antrópicas* (objeto de estudio de la Tafonomía).
- Procesos de reducción posabandono. Junto a los celeberrimos procesos posdeposicionales naturales de carácter destructivo –*alteraciones físicas o mecánicas no culturales* cuya descripción y análisis excede los objetivos de este texto–, podríamos mencionar la *descomposición de elementos orgánicos*, que hace desaparecer una parte

importante del registro, y toda una serie de variantes de la idea del saqueo, el expolio y otras formas de recuperación de objetos aún valiosos para quien los extrae: *reincorporación, salvage, scavenging, collecting, pothunting* (descripción detallada de cada uno en Schiffer, 1987: 99-120).

5. Los peligros de la *Premisa Pompeya*

Ante todo, como arqueólogos, debemos estar advertidos de que lo que estudiamos, más que una fotografía de la vida cotidiana de las sociedades pasadas, es el momento final de ésta; más que habitaciones u ocupaciones, lo que excavamos son abandonos. Abandonos, además, sometidos a procesos posdeposicionales (o posabandono). La mayoría de los depósitos que etiquetamos como “de ocupación” no se formaron durante la ocupación de un lugar, sino en el momento mismo de la partida hacia otro lugar o en los instantes inmediatamente precedentes, de tal manera que lo que hoy vemos no es un reflejo directo de lo que el lugar fue “en vida”, sino lo que dejaron tras de sí las poblaciones del pasado cuando se marcharon, ya fuese en un único y definitivo momento de abandono o en una estrategia recurrente.

Pero ni siquiera al asumir que la fase más importante en la formación del registro de los sitios arqueológicos es el abandono –salvando la fase posabandono, también fundamental– estamos a salvo de cometer más errores, ya que las evidencias de ocupación de un lugar están determinadas por las contingencias asociadas a los procesos de deposición primaria y secundaria, algo que hasta el advenimiento de la Nueva Arqueología y la Arqueología conductual no se había tenido en cuenta suficientemente.

En este sentido, uno de los conceptos más interesantes de los acuñados por la escuela de Arizona es el de *Premisa Pompeya*. Aunque el término ya existía con anterioridad, Schiffer (1985) reformuló el concepto, definiéndolo como un prejuicio, un error, muy extendido, consistente en pensar que el lugar de uso y deposición –a veces incluso el de fabricación– de un artefacto es el mismo, y como tal se muestra claramente al arqueólogo en el momento de su excavación. Básicamente, el “síndrome Pompeya” hace pensar a los arqueólogos que todos o al menos la mayoría de los contextos arqueológicos están compuestos por desechos primarios o desechos *de facto*. En este sentido, una de

las grandes aportaciones de los arqueólogos del comportamiento ha sido postular que son muy raros los casos reales de contextos “pompeyanos” con abundancia de desechos primarios y *de facto*. Así pues, los arqueólogos deben estar advertidos de que (LaMotta y Schiffer, 1999: 20):

A) No hay necesariamente una relación directa entre los objetos que la excavación arqueológica documenta en una estructura y las actividades que tuvieron lugar en ese mismo espacio en el pasado, esto es, ni todos los objetos usados en un contexto tienen por qué haberse depositado allí, ni tampoco todos los objetos depositados en una estructura necesariamente fueron usados en ese lugar.

B) El registro arqueológico preservado en los conjuntos domésticos puede ser un palimpsesto de depósitos relacionados con diferentes fases de la vida de esa estructura. En contra, pues, de la *Premisa Pompeya*, los contextos arqueológicos domésticos no pueden ser interpretados simplemente como kits de herramientas o “inventarios domésticos” reflejo directo de las actividades allí llevadas a cabo.

Los estudios sobre formación del registro han permitido matizar o desmontar otras ideas preconcebidas compartidas por generaciones de arqueólogos. Una de ellas concierne a la localización de áreas de actividad. En efecto, en la mayor parte de las ocasiones los espacios con mayor densidad de artefactos no son, como cabría esperar si seguimos la *Premisa Pompeya*, las áreas de actividad, sino espacios de deposición secundaria. Los depósitos de ocupación resultantes no serían “de ocupación” en sentido tradicional, ya que no nos informan directamente de los comportamientos que generalmente buscamos conocer (comportamientos objetivo); son, por el contrario, una fuente excelente para saber más sobre las estrategias de organización espacial y gestión de residuos de dichas poblaciones. Estos “basureros” de deposición secundaria nos proporcionan información sobre las actividades cotidianas de los habitantes del lugar, pero sólo indirectamente, ya que los patrones espaciales originales han sido alterados.

En la otra cara de la moneda, las áreas de actividad son los sectores de un yacimiento que más atención reciben en lo referente a limpieza. Por esa misma razón, los espacios con escasez de artefactos de tamaño visible tienen más probabilidad de ser áreas de actividad que aquellos con muchos artefactos, sobre todo si los primeros, pese a no contener apenas desperdicios, son ricos en desechos primarios residuales o microdesechos (Tani, 1995).

Siguiendo a Matthews (1993), incluso es posible pensar que fases enteras de ocupación pueden ser “borradas” y no dejar depósitos que nos permitan inferir su existencia. La idea tradicional de que la actividad humana intensa durante un período de tiempo lleva *directamente* a la formación de un tipo particular de depósito, depósito que contendrá material arqueológico descartado durante el curso de las actividades llevadas a cabo en la superficie del depósito en formación, debe ser, pues, cuestionada (Matthews, 1993: 55).

Este autor –pese a no ser conductualista ni norteamericano– describe un caso que, al tratarse de un período del que existen informaciones escritas, puede ilustrar un poco más la relevancia de esta labor de revisión de los conceptos de ocupación y abandono. Se trata de un asentamiento rural medieval en Letchworth, Hertfordshire, Gran Bretaña, identificado en las fuentes escritas como “Rodenhanger”. La mayoría de las estructuras localizadas en él están excavadas en la roca hasta 1,8 m de profundidad, aunque poseen hoyos de poste para una hipotética cubierta. En la mayoría de los casos se documentaron capas de piedras calizas interpretadas en principio como “suelos de ocupación”. Se desconocía la funcionalidad de estas estructuras, pero la presencia de esos suelos y supuestos depósitos de ocupación apuntaba a un uso doméstico.

Sin embargo, algo no encajaba. El material recuperado en estos pozos se podía clasificar en tres grupos. Los niveles inferiores contenían materiales del siglo XII. Los siguientes, una mezcla de materiales de esos momentos y residuos del siglo VII. Los últimos niveles, considerados de abandono, contenían artefactos de los siglos XIII y XIV. Por otro lado, se conocía la existencia, junto a la aldea, de una necrópolis con enterramientos del siglo VII, y por las fuentes escritas se pudo averiguar que el lugar fue habitado al menos desde el s. VIII, si no antes.

Así pues, la cronología del asentamiento conocida por las fuentes escritas y la necrópolis era mucho más arcaica que la sugerida por los primeros materiales arqueológicos depositados. Esta contradicción sólo tiene una explicación: durante el período de mayor intensidad en la ocupación (entre 650 y 1100), las estructuras en negativo se mantuvieron escrupulosamente limpias y no se formó ningún tipo de depósito de ocupación. El desgaste de los escalones apunta a un uso prolongado de estos espacios antes de que se permitiese la acumulación de desechos en su interior. Los

depósitos, en realidad, marcan el inicio del declive del asentamiento: sus habitantes rellenaron deliberadamente algunas estructuras y dejaron que otras se fuesen rellenando con desperdicios, hecho que pudo permitir la entrada de algunos materiales del siglo VII por encima de los del siglo XII. Los suelos de caliza, si efectivamente fueron tales suelos, reflejan usos breves de los pozos, quizás como áreas de almacenamiento.

6. El ciclo formativo desde una perspectiva posprocesual

Los principios que fundamentan el ciclo formativo, no lo olvidemos, han ido naciendo a partir de las investigaciones de arqueólogos y etnoarqueólogos procesuales y conductualistas, la mayoría de ellos norteamericanos. Ello significa que parten de unos supuestos iniciados y consolidados por la Nueva Arqueología, que buscan leyes universales del comportamiento humano y que pretenden poner en práctica los conceptos expresados a través de la Teoría del Alcance Medio de Binford o de la Arqueología Conductual de Schiffer. No debe extrañar que la mayoría de estos estudios hayan sido sometidos a crítica por los teóricos posprocesualistas, cuyos presupuestos de partida son completamente diferentes. En las líneas siguientes abordaremos la descripción de esas observaciones y evaluaremos hasta qué punto son pertinentes.

Las principales críticas efectuadas sobre el paradigma conductualista se han centrado en la tendencia de los arqueólogos del comportamiento a basar sus modelos en principios considerados universales como el del mínimo esfuerzo o el del máximo beneficio al mínimo coste. Esto puede observarse en tres aspectos clave como son el carácter ineludible de las actividades de limpieza, las estrategias seguidas para manejar y eliminar los desperdicios y las elecciones tomadas en las prácticas de abandono. Hayden y Cannon (1983: 119), por ejemplo, proponen que los tres parámetros que determinan la “gestión de residuos” son el esfuerzo necesario para manejar los residuos, el valor de esos restos y el grado de obstaculización que conllevan para la realización de nuevas actividades.

A) Con respecto a la importancia de las actividades de recogida y eliminación de residuos, se considera que la obstaculización es sin duda la variable más influyente, ya que por muy valiosos que sean los residuos o por muy grande que sea el

esfuerzo de deposición de los mismos, si la realización de nuevas actividades es incompatible con la presencia de dichos restos, el grupo debe adoptar alguna postura al respecto de qué hacer con ellos.

A este respecto, Tani señala que el grado de obstaculización de los desechos tiene dos componentes: lo que obstaculiza (los residuos) y lo que se obstaculiza (las actividades humanas), además de otros elementos como los condicionantes físicos (tamaño del área de actividad, el tipo de sustrato, etc.). La duración de la ocupación (y más aún la duración prevista *a priori* que la real, según Tani, 1995: 241) y la tasa de deposición de desperdicios (puesto que hay actividades que generan más desechos que otras), son criterios muy a tener en cuenta a la hora de programar la intensidad y frecuencia de las actividades de limpieza: “En general, más desechos producen una mayor obstaculización, y el mismo desecho estorba más si se llevan a cabo más actividades a su alrededor. [...] Un proceso de formación cultural (o una serie de ellos) constituye una estrategia de gestión de residuos destinada a reducir el grado de obstaculización de los desechos a un nivel tolerable y a reducir los esfuerzos que ello conlleva” (Tani, 1995: 239).

Frente a estas formulaciones con aspiraciones de universalidad, desde la Arqueología Posprocesual se ha argumentado que no se debe considerar la costumbre de la limpieza como un principio de conducta universal, ya que los valores relacionados con la higiene pueden variar de un grupo humano a otro. Es la percepción que una comunidad tenga de sus propios residuos la que determinará su tolerancia a los mismos. Así, por ejemplo, podemos encontrar grupos capaces de vivir entre cantidades de basura exageradas, así como otros más atentos a la contaminación de tipo simbólico (hechizos, mal de ojo, etc.) que a la contaminación física (Douglas, 1973).

B) Igualmente, según los conductualistas, de forma general, el modo en el que los desechos secundarios se depositan, así como el lugar donde se ubican, depende de factores funcionales o materiales como la lejanía a áreas de actividad, caminos y áreas de tránsito, etc. (Schiffer, 1972).

Pero esta visión olvida, según los posprocesualistas, que también es necesario contemplar factores de tipo social y simbólico: la clasificación que se hace de los desechos, la elección del lugar y de los residuos que allí se depositarán, así como la forma en la que se depositarán, no pueden contradecir a las creencias y actitudes del grupo, sino que

interactúan con ellas (Moore, 1982: 76; Hodder, 1982: 62-63; 1987), y éstas sí son dependientes del contexto cultural. La manera en la que los objetos se descartan y depositan refleja y reproduce una determinada visión del mundo y de la sociedad (Hodder, 1982, 1987; Moore, 1982), por lo que puede no coincidir con la percepción moderna del problema.

Hodder (1987) proporciona un ejemplo muy claro para ilustrar esto. Entre los Ilchamus de Kenia la ceniza procedente de los hogares domésticos se deposita siempre detrás de las cabañas o junto a la verja que delimita el complejo doméstico, nunca en el “basurero” (acumulación de desechos secundarios) que se encuentra en el exterior del complejo y al que van a parar la mayoría de restos domésticos. Esto es así porque los Ilchamus atribuyen toda una red de significados a la ceniza que tienen que ver con el papel de la mujer en la sociedad, el color blanco, etc.; pero, en definitiva, se atribuyen propiedades protectoras a la ceniza doméstica siempre que ésta se encuentre dentro del complejo. Por otro lado, el estiércol también tiene su particular lugar de deposición y nunca se mezcla con otros residuos ni se limpia dicho espacio. Al contrario, se pretende acumular cuanto más estiércol mejor, ya que se considera que es un símbolo de la cantidad de animales que posee un hombre, y por lo tanto un símbolo de su riqueza. Moore (1982) presenta un caso similar.

C) Similares consideraciones podrían hacerse al respecto del binomio *desechos de facto/recuperación*, que, como vimos, son procesos intrínsecos a la fase de abandono. Los criterios propuestos por los investigadores para determinar qué objetos se recuperan y cuáles se abandonan como desechos *de facto* han sido tradicionalmente de corte utilitarista, basados en el principio del mínimo esfuerzo: 1) posibilidades de reemplazo; 2) costes de transporte; 3) condiciones del abandono.

Esta noción del valor de las cosas en virtud de criterios como el ahorro de energía o la eficiencia está claramente vinculada a conceptos occidentales que no necesariamente debieron ser compartidos por las poblaciones del pasado, llegando a concepciones economicistas que han sido criticadas fuertemente por los posprocesualistas (Moore, 1982; Hodder, 1982; González Ruibal, 2003). Así, se argumenta que aunque las actividades de recuperación pueden depender del valor otorgado a los objetos, y aunque en ocasiones el valor se atribuye a partir de criterios como la inversión de energía,

otros factores pueden ser tanto o más determinantes que éstos.

Desde nuestro punto de vista la mayoría de estas observaciones están suficientemente justificadas. Sin embargo, algunas de estas críticas son excesivas. Por ejemplo, negar el carácter universal de las prácticas de limpieza es un argumento que no debe tomarse en términos absolutos. Si bien creemos que los hábitos de higiene modernos y occidentales no pueden extrapolarse al pasado, lo cierto es que partir de la idea de que todos los restos hallados en una estructura o yacimiento son desechos primarios es un apriorismo del todo equivocado. Como afirma K. Matthews (1993), aunque es posible que las sociedades prehistóricas tolerasen vivir junto a cantidades de desperdicios que a nosotros nos parecerían desorbitadas, es muy probable que estas sociedades tuviesen también sus límites. El propio Hodder admite que, aunque la tolerancia a la basura es social y culturalmente relativa, “los humanos caminan con dificultad sobre áreas donde acaba de efectuarse talla lítica si están poco calzados, y probablemente no se sentarían en contra del viento junto a un fuego humeante” (Hodder, 1982: 67).

Así pues, independientemente de las distintas nociones de limpieza, siempre puede fijarse un umbral insalvable que vendría marcado por el grado de obstaculización que los desperdicios acumulados tendrían sobre la realización de nuevas actividades en ese mismo espacio (Tani, 1995: 248). Llegados a un determinado punto, el grupo social debe plantearse el problema y tomar decisiones. Son esas decisiones las que conforman respuestas culturales específicas a un problema universal como es el de tratar con los subproductos de la actividad humana.

Además, en este aspecto, como en otros, las respuestas culturales posibles no son infinitas. Al contrario, la información etnoarqueológica sugiere únicamente tres posibilidades cuando la deposición de residuos en un área de actividad humana alcanza el límite estimado como tolerable por el grupo. La primera, la más frecuente y generalizada, es la limpieza y la gestión de residuos, para cuyo análisis los estudios de corte conductualista resultan útiles –aunque, obviamente, son insuficientes porque olvidan los factores de tipo social o simbólico–. La segunda es la eliminación de los desechos *in situ*, por ejemplo, mediante la incineración, aunque tal opción no resulta muy viable si no se extraen previamente los desechos de las áreas de actividad, ya que se corre el riesgo de

incendiarlas, con lo que una mínima gestión de desechos es inevitable (un ejemplo en Hayden y Cannon, 1983).

La tercera opción consiste en abandonar el área de actividad en cuanto los subproductos se acumulan, reanudando el desenvolvimiento de las actividades en otro lugar. De esta tercera posibilidad existen algunos ejemplos etnográficos (los Alyawara en O’Connell, 1987; los Kua San citados en Tani, 1995: 242), pero incluso en ellos una mínima manipulación de los residuos es necesaria, ya que la causa del desplazamiento es la presencia excesiva de desechos en las inmediaciones de las cabañas y áreas de actividad, no en éstas, que son objeto de mantenimiento y limpieza regulares. Por ejemplo, entre los Ilchamus de Kenia es común que se permita la acumulación del estiércol de los animales en una zona concreta del complejo doméstico, de manera que después de 15 ó 20 años el grupo doméstico tiene que trasladarse por falta de espacio, pero hay que señalar que el sector destinado a recibir estas deposiciones no es un área específica de actividad (Hodder, 1987: 426).

Otra cosa muy diferente, y desde nuestro punto de vista carente de argumentos a favor, es que la gestión de desechos siga los principios optimizadores que propugnan los conductualistas, o que la manera en la que los “primitivos” tratan con sus residuos sea similar a como las sociedades industriales manejan su basura. Como muestra de ello, en los últimos años incluso los más importantes conductualistas han renunciado al principio del mínimo esfuerzo como guía de conducta universal (p. e. LaMotta y Schiffer, 1999).

En resumidas cuentas, valoramos positivamente el esfuerzo de los arqueólogos posprocesualistas en la tarea de matizar e incluso negar algunos extremos del marco teórico y metodológico conductualista. A grandes rasgos, nosotros coincidimos con muchos de sus comentarios y apuntes sobre el carácter inadecuado e incompleto de ciertos conceptos como el de desecho *de facto*, o la aplicación de la moderna noción de basura al pasado. Sin embargo, creemos que ello no resta utilidad a una herramienta con tantas posibilidades como el ciclo formativo que hemos tratado de describir en estas páginas. Piénsese, por ejemplo, que sólo partiendo del ciclo formativo o esquemas similares se han podido identificar fenómenos tan interesantes como los llamados “abandonos rituales”, propuestos por los arqueólogos conductualistas. Para resaltar su importancia, les dedicaremos las últimas líneas de este texto.

Se tienen numerosos ejemplos y noticias tanto etnográficas como arqueológicas de rituales de abandono, especialmente de cabañas. Observaciones y noticias etnográficas sobre procesos de abandono ritual se han efectuado en la Mesoamérica Maya (Deal, 1985: 269) y la Norteamérica Prehispánica (LaMotta y Schiffer, 1999: 23; Brugge, 1978: 313-314). Arqueológicamente, se han propuesto comportamientos de este tipo para explicar la formación de contextos arqueológicos en ambientes culturales tan diferentes como Norteamérica (Wilshusen, 1986; Seymour y Schiffer, 1987; Cameron, 1990; Lightfoot, 1993; Montgomery, 1993; Schlaner y Wilshusen, 1993; Walker, 1995; LaMotta y Schiffer, 1999: 23-24; Walker, 2002) o el Neolítico del Sureste de Europa (Tringham, 1994, 2005; Stevanović, 1997).

Estas noticias nos informan de que una práctica muy extendida es el abandono de la vivienda familiar cuando uno o varios miembros de la familia fallecen, lo que lleva en ocasiones a prácticas como el enterramiento del difunto o difuntos en la casa, la inhumación de animales, la introducción de un ajuar funerario, así como de otras ofrendas, o el incendio de toda la estructura. En el Neolítico del Sureste europeo, por ejemplo, la amplia extensión de un ritual de abandono consistente en el incendio de la casa al final de su ciclo de vida ha llevado a etiquetar el Neolítico local como “Horizonte de las casas quemadas” (Tringham, 2005).

Es por ello que, en lo que al estudio de los procesos de formación del registro arqueológico respecta, hay que tener muy en cuenta estos abandonos rituales. Tales procesos suelen conllevar la realización de ofrendas en el momento de abandono, introduciendo en las cabañas y áreas de actividad artefactos que pueden no guardar ninguna relación con las actividades allí llevadas a cabo durante la fase de ocupación. También, en ocasiones, como parte del ritual de abandono se produce la extracción ritual de artefactos de un espacio en el que habían sido previamente depositados o iban a serlo, es decir, se produce la recuperación ritual de objetos que de otra manera podrían haber pasado a formar parte del registro arqueológico de esa estructura o lugar. O simplemente se efectúa una limpieza más exhaustiva de lo normal para preparar la estructura de cara a la ceremonia de abandono:

En particular, los procesos de formación ritual frecuentemente tienen como resultado conjuntos artefactuales enriquecidos que pueden ser fácilmente confundidos con desechos *de facto* abundantes.

Sin duda, un error en el reconocimiento e identificación de estos procesos puede alterar seriamente las inferencias basadas en conjuntos artefactuales domésticos, llevando, por ejemplo, a conclusiones erróneas sobre el modo de abandono (LaMotta y Schiffer, 1999: 23).

Bibliografía

- BRUGGE, D. M. (1978): “A comparative study of Navajo mortuary practices”, *American Indian Quarterly*, 4 (4), pp. 309-328.
- CAMERON, C. M. (1990): “Pit Structure abandonment in the Four Corners Region of the American Southwest: Late Basketmaker III and Pueblo I period”, *Journal of Field Archaeology*, 17 (1), pp. 27-37.
- CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (eds.) (1993): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CREIGHTON, O. H. y SEGUI, J. (1998): “The Ethnoarchaeology of abandonment and Post-Abandonment Behaviour in pastoral sites: evidence from Famorca, Alacant province, Spain”, *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11 (1), pp. 31-52.
- DEAL, M. (1985): “Household Pottery Disposal in the Maya Highlands: An Ethnoarchaeological Interpretation”, *Journal of Anthropological Archaeology*, 4, pp. 239-291.
- DOUGLAS, M. (1973): *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI.
- FLADMARK, K. R. (1982): “Microdebitage analysis: Initial considerations”, *Journal of Archaeological Science*, 9, pp. 205-220.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (1998): “Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis”, *Complutum*, 9, pp. 167-191.
- (2003): *La experiencia del Otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Madrid: Akal.
- HAYDEN, B. y CANNON, A. (1983): “Where the garbage goes: refuse disposal in the Maya highlands”, *Journal of Anthropological Archaeology*, 2, pp. 117-163.
- HODDER, I. (1982): *The present past: an introduction to anthropology for archaeologists*. Nueva York: Pica Press.
- (1987): “The meaning of discard: ash and domestic space in Baringo, Kenya”. En KENT, S. (ed.): *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach*. Nueva York: Columbia University Press, pp. 424-448.
- LAMOTTA, V. M. y SCHIFFER, M. B. (1999): “Formation Processes of House Floor Assemblages”. En ALLISON, P. M. (ed.): *The Archaeology of Household Activities*. Londres: Routledge, pp. 19-29.

- (2001): "Behavioral Archaeology: Toward a New Synthesis". En HODDER, I. (ed.): *Archaeological Theory Today*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 14-64.
- LANGE, F. y RYDBERG, C. (1972): "Abandonment and post-abandonment behavior at a rural Central American house site", *American Antiquity*, 37, pp. 419-432.
- LIGHTFOOT, R. R. (1993): "Abandonment processes in Prehistoric Pueblos". En CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (eds.): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 165-177.
- MATTHEWS, K. (1993): "A futile occupation? Archaeological meanings and occupation deposits". En BARBER, J. W. (ed.): *Interpreting Stratigraphy*. Edimburgo: AOC (Scotland), pp. 55-61.
- MONTGOMERY, B. K. (1993): "Ceramic analysis as a tool for discovering processes of pueblo abandonment". En CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (eds.): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 157-164.
- MOORE, H. L. (1982): "The interpretation of spatial patterning in settlement residues". En HODDER, I. (ed.): *Symbolic and structural archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 74-79.
- MURRAY, P. (1980): "Discard location: the ethnographic data", *American Antiquity*, 45, pp. 490-502.
- NEEDHAM, S. y SPENCE, T. (1997): "Refuse and the formation of middens", *Antiquity*, 71, pp. 77-90.
- O'CONNELL, J. E. (1987): "Alyawara site structure and its archaeological implications", *American Antiquity*, 52, pp. 74-108.
- ROTHSCHILD, N. A.; MILLS, B. A.; FERGUSON, T. J. y DUBLIN, S. (1993): "Abandonment at Zuni farming villages". En CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (eds.): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 123-137.
- SCHIFFER, M. B. (1972): "Archaeological context and Systemic context", *American Antiquity*, 37 (2), pp. 156-165.
- (1976): *Behavioral Archaeology*. Nueva York: Academic Press.
- (1985): "Is there a 'Pompeii Premise' in Archaeology?", *Journal of Anthropological Research*, 41 (1), pp. 18-41.
- (1987): *Formation Processes of the Archaeological Record*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- SCHLANGER, S. H. y WILSHUSEN, R. H. (1993): "Local abandonments and regional conditions in the North American Southwest". En CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (eds.): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 85-98.
- SEYMOUR, D. y SCHIFFER, M. (1987): "A Preliminary Analysis of Pithouse Assemblages from Snaketown Arizona". En KENT, S. (ed.): *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach*. Nueva York: Columbia University Press, pp. 549-603.
- STEVANOVIĆ, M. (1997): "The age of clay: the social dynamics of house construction", *Journal of Anthropological Archaeology*, 16, pp. 334-395.
- STEVENSON, M. G. (1982): "Toward an understanding of site abandonment behavior: evidence from historic mining camps in the southwest Yukon", *Journal of Anthropological Archaeology*, 1, pp. 237-265.
- (1985): "The formation of artifact assemblages at workshop/habitation sites: models from Peace Point in northern Alberta", *American Antiquity*, 50 (1), pp. 63-81.
- TANI, M. (1995): "Beyond the identification of formation processes: behavioral inference based on traces left by cultural formation processes", *Journal of Archaeological Method and Theory*, 2 (3), pp. 231-252.
- TOMKA, S. A. y STEVENSON, M. G. (1993): "Understanding abandonment processes: summary and remaining concerns". En CAMERON, C. M. y TOMKA, S. A. (eds.): *Abandonment of settlements and regions: ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 191-195.
- TRINGHAM, R. (1994): "Engendered places in Prehistory", *Gender, Place & Culture: A Journal of Feminist Geography*, 1 (2), pp. 169-204.
- (2005): "Weaving house life and death into places: a blueprint for a hypermedia narrative". En BAILEY, D.; WHITTLE, A. y CUMMINGS, V. (eds.): *(Un)settling the Neolithic*. Oxford: Oxbow Books, pp. 98-111.
- WALKER, W. H. (1995): "Ceremonial trash?". En SKIBO, J. M.; WALKER, W. M. y NIELSEN, A. E. (eds.): *Expanding Archeology*. Salt Lake City: University of Utah Press, pp. 67-79.
- (2002): "Stratigraphy and Practical Reason", *American Anthropologist*, 104 (1), pp. 159-177.
- WILSHUSEN, R. H. (1986): "The relationship between abandonment mode and ritual use in Pueblo I Anasazi Protokivas", *Journal of Field Archaeology*, 13 (2), pp. 245-254.